

CARLOS FEMENÍAS FERRÀ Y ALBERT JORNET SOMOZA / ENTRE LO SINGULAR Y LO COMÚN: CONVERSACIÓN CON MARINA GARCÉS Y SANTIAGO ALBA RICO

A quien le pregunten por los ensayistas españoles más singulares de las últimas décadas le acudirán, sin duda, los nombres de Santiago Alba Rico y Marina Garcés entre los primeros. Sin estridencias ni concesiones, ambos han ido construyendo una obra cuya madurez se ha concretado en libros como *Leer con niños*, *Capitalismo y nihilismo*, *Ser o no ser (un cuerpo)* o *España*, del primero, y *Un mundo común*, *Ciudad Princesa*, *Nueva ilustración radical* o *Escuela de aprendices*, por parte de la segunda. Seduce en ellos el estilo, la pausa y la elegancia de una emoción frágil que habla en tono menor como modo de explorar una sensibilidad al servicio de la razón común y de las formas contemporáneas de emancipación. Un compromiso que, junto a su alergia a toda grandilocuencia, explica las muchas prevenciones con que abordaron su condición de intelectuales en esta conversación, que discurrió en torno a su formación como ensayistas, su concepción del género o la variedad y acumulación de textos de nuestros tiempos. Lo que sigue es el destilado de dos videoconferencias entre estas dos voces del ensayo actual, tan genuinas como marcadas por la sintonía; dos formas de decir «yo» mientras se declina un «nosotros»; dos escrituras que se aventuran a pensarnos entre lo singular y lo común.

 Marina Garcés

 Santiago Alba Rico

¿Cuál fue o ha sido vuestra relación con la promoción de ensayistas que os precedió?

Marina Garcés: Mi respuesta inmediata, y sin pensar mucho, hubiera sido que ninguna. Aunque no es verdad. Mi sensación, y pienso que es muy común en el Estado español, es que mi formación como lectora y escritora de ensayo es más bien con ensayo extranjero. En mi caso, sobre todo francés, pero también italiano. Pero luego, si hago una genealogía real de los libros con los que estudié (y estudié, no lo digo solo en un sentido académico; el estudio para mí es una actividad más amplia que la de preparar asignaturas y realizar exámenes) sí que hay dos capas: por un lado, una lectura muy juvenil e inicial, entre COU y primero de Filosofía, del canon del ensayo en español, básicamente María Zambrano y Ortega y Gasset, así como Agustín García Calvo. Después, yo señalaría la lectura de los ensayos de la generación de mis profesores, que no es exactamente la generación anterior de ensayistas, donde quizá los más conocidos eran otros. Pero a mí y a mi generación nos marcó mucho leer a Morey, a López Petit, a José Luis Pardo, a Gómez Pin, a Martínez Marzoa o, fuera del espacio filosófico, a Tomás Ibáñez. Pienso que también hay que reivindicar ese ensayo un poco menos glamuroso, menos literario que el de los ensayistas más conocidos, que no fueron motivo de lectura ni de conversación con mi generación. Después ya vienen los coetáneos,

y ahí sí pienso que hay un cambio bastante grande. Ahí ya entra Santiago Alba Rico, aunque tengamos unos años de diferencia, pero ya es una lectura en etapa de ejercicio, ya no en etapa de estudios. También Jorge Luis Marzo, Brigitte Vasallo, Remedios Zafra, Joana Massó, Borja Bagunyà... y nombres del espacio latinoamericano, México y Argentina especialmente.

Santiago Alba Rico: Esa pequeña diferencia de edad no es tan pequeña entre Marina y yo, y determina (y lo he escrito en un ensayo que se llama *España*) que mi rechazo general hacia novelistas y ensayistas de las generaciones anteriores fuera tan visceral como injusta. Me ha llevado mucho tiempo reconciliarme con algunos de esos nombres. Hablaba Marina, por supuesto, de Ortega, de Zambrano, también de Unamuno, que fue un personaje áspero y con el que uno no puede tener una relación fácil, pero al que evidentemente hay que leer. Pero para mí, en nuestra propia tradición, hay un nombre fundamental, irremplazable, que ha estado siempre muy presente cuando me ponía a escribir y que ha nutrido en secreto, a veces sin yo saberlo, mi relación con el ensayo: me refiero a Sánchez Ferlosio. Si tuviera que decir dos ensayos que han sido fundamentales en mi vida, esos a los que vuelvo y volvería una

y otra vez, son: desde luego, *Ortodoxia*, de Chesterton (fuera, por tanto, de la tradición hispana), y *Las semanas del jardín*, de Ferlosio, que fue un texto para mí seminal, de formación, que leí varias veces entre los 17 y los 30 años y al que he vuelto muchas veces después. Si tengo que reconocer un maestro en esto que estamos llamando ensayo, sin duda Sánchez Ferlosio es para mí un paradigma que tiene que ver con la integración en un mismo formato, en un mismo texto, de profundidad de pensamiento y de fecundidad literaria.

¿Y vuestros referentes internacionales?

M. G.: El corazón de toda mi formación filosófica y ensayística estaría situado sobre todo en torno a la filosofía francesa, especialmente Gilles Deleuze. Leerlo fue un momento clave, que no quiere decir que sea la manera en la que luego yo he querido escribir. Conviene disociar esa idea de que escribimos como aquellos a los que nos gusta leer. Creo que la enseñanza de los grandes maestros, como decía Santi, es precisamente la de invitarte a encontrar tu voz y tu manera de relacionarte con lo leído, lo vivido y lo que está por decir y por pensar.

S. A. R.: Me ha ocurrido un poco lo mismo, aunque quizás de una manera atípica, porque me formo inicialmente también en la escuela francesa, leyendo desde luego a Deleuze o a Foucault o a Sartre, pero también a gente como Roland Barthes, Klossowski o Bataille. Para mí

fueron muy importantes a la hora de empezar a pensar. Luego he ido cambiando; ha habido como un alejamiento del ensayo francés y un acercamiento mayor a la ensayística anglosajona, que utiliza recursos idiomáticos y procedimientos literarios muy diferentes a la francesa. Un alejamiento sobre todo estilístico para explorar fórmulas menos vistosas, pero también menos correosas.

Los dos habéis hecho una obra decididamente ensayística: es el género en el que habéis creado vuestra personalidad literaria y vuestro proyecto intelectual. Nos gustaría que reflexionárais acerca de cómo entendéis el género.

S. A. R.: Hay una cosa llamativa y es que los poetas reflexionan sobre el género poético y todos construyen una poética, y los novelistas también escriben mucho sobre la novela, pero los ensayistas hacemos ensayos sin pensar o sin definir previamente los límites del género. Eso ya dice bastante. Es un género mucho más promiscuo, en el que cabe un poco todo, desde obras de divulgación científica hasta crónicas periodísticas más elaboradas. Si yo tuviera que pensar en una definición del ensayo, me preguntaría dónde se sitúa la autoridad del género. Si pensamos en la narración, la autoridad recae en los personajes. Si pensamos en la filosofía, diría que en el sistema. En la poesía, en una combinación casi orgánica entre ritmo e imagen. ¿Y dónde recaería entonces la autoridad en el género ensayo? El héroe del ensayo es, a mi juicio, la idea viva, entendiendo la noción de *héroe* también en términos narrativos. Cuando empezamos a explorar una idea no sabemos a dónde nos llevará, narrativamente hablando. El ensayo que yo disfruto e intento hacer tiene mucho que ver con poner a caminar en un sendero una idea para explorarla narrativamente. Esto tiene que ver con la defensa de códigos propios de un lenguaje elaborado y con el placer de escribir desarrollando una idea cuyo destino no conocemos. Por eso me gusta iniciar los ensayos con mitos o cuentos y darles la vuelta muchas veces hasta que desprenden al final una visión del mundo. Creo que un ensayista debe tener al mismo tiempo un estilo y una visión del mundo; aspirar a ser reconocido como una voz que pone a caminar conceptos que deciden su propio camino.

M. G.: Me ha gustado mucho lo de la idea viva como personaje principal del ensayo. Porque se trata de eso, de cómo hacer vivas las ideas, entendiendo que aunque nunca sean del todo nuevas, tienen que actualizarse, establecer una relación con un tiempo que no necesariamente es el del presente estricto, sino en el que estamos pensando cada cual. La expresión de Santi explica muy bien esta condensación que tiene para mí el ensayo, que no se justifica solo por lo que emite o comunica, sino por el encuentro con esa voz singular, pero también con una razón común que circula a través del texto y que no se queda en él. En mi caso, a partir de un momento fue apareciendo debajo de mi nombre, en los medios o en entrevistas, «filósofo y ensayista». Eso me sorprendía bastante: ¿por qué se tiene que especificar esta doble condición? Santiago hacía referencia al arco de registros posibles que puede tener el ensayo. Mi formación filosófica tiene que ver con aprender a leer y escribir desde un diálogo hasta una pieza enigmática, un aforismo o un tratado para encontrar una voz a entonar. Todo eso se aprende leyendo y estudiando filosofía, donde el ensayo es un momento más, entre otros, de todos los géneros posibles. Respecto al atrevimiento de ir entonando una voz más ensayística que académica, en mi caso eso ha pasado por ir perdiendo el pudor a la hora de expresarme en nombre propio y en primera persona, y también por ir rompiendo cierta impersonalidad que debe tener la voz académica. Todo eso me ha ido exigiendo un largo camino de atrevimiento a la hora de escribir con una voz cada vez más propia y personal.

Al hilo de ello, nos gustaría que nos hablarais de la intimidad del taller, del proceso por el que os fuisteis dando una voz singular y cultivando un estilo.

S. A. R.: En mi caso, yo no quería ser ensayista, ni siquiera escritor. Yo quise ser atleta hasta los 15 años... y era muy malo. Luego, la única manera de interpelar al mundo pasó por la escritura, pero yo quería ser novelista y poeta. Nunca ensayista ni filósofo, aunque estudié Filosofía. En consecuencia, mi soporte formativo y emocional es fundamentalmente literario y poético. O sea, me acerco al ensayo como un novelista y un poeta fracasado, y eso sí tiene mucho que ver con la búsqueda de una coloración propiamente literaria a partir de la cual poder llegar a más gente. Una de las obligaciones del ensayista es dar trabajo al lector, pero conviene que sea un trabajo que previamente ha hecho el propio ensayista, de tal manera que el lector no se vea forzado a rellenar los huecos y opacidades que voluntariamente o por impotencia ha dejado el autor. En términos de estilo, hay un momento en que me propongo claramente dos cosas: por un lado, introducir la literatura en el ensayo, porque dentro de la izquierda española vivimos un período en el que se tenía a gala no escribir bien, como si escribir mal fuera garantía de mensajes más contundentes o eficaces. Y a mí eso, que está felizmente cambiando, me irrita mucho. Cuanto mejor escriba uno, cuanto más precisa y rica sea la lengua, más fácil será que el lector se vea comprometido intelectual y emocionalmente con la lectura. La otra cuestión que me propuse fue encontrar un lenguaje lo menos artificial e impostado posible, al mismo tiempo que lo más rico posible. Günther Anders solía decir que así como sería absurdo pensar en un panadero que hace pan solo para otros panaderos, los filósofos no deben hacer filosofía para otros filósofos. Intento guiarme igualmente por ese principio enunciado hace dos siglos por el filósofo ilustrado Lessing: «La máxima claridad es la máxima belleza».

M. G.: Yo me sumo totalmente a esta apuesta por la claridad como ejercicio de honestidad y de radicalidad en el pensamiento. La claridad no es hacer sencillo a los demás lo que te guardas difícil para ti, sino compartir lo más difícil de la forma más abierta e interpelativa posible. Es decir, el ensayo no es la expresión de un *yo* que piensa, sino de un *yo* o un *nosotros* que desea pensar con otros, con lo leído y con los lectores. El ejercicio de escritura de ese *pensar con* necesita encontrar una manera singular de expresarse, un tono, un ritmo en el que se decide la posibilidad de encuentro a través del pensamiento escrito; esa es la clave de escribir ensayo. Para mí es muy importante la dimensión fonética de la escritura: cómo suena y cómo resuena, qué respiración contiene. La clave, cuando estamos forjando esa escritura, es el momento en el que empieza a sonar bien. Diría que ahí es relevante mi condición de bilingüe: al ser en catalán, mi formación se da en una lengua que en esos momentos no disponía de un corpus filosófico, teórico, ensayístico, ni propio ni traducido. En cambio, la que es muy potente es la formación poética. O sea, a los que crecemos en catalán en esos años, lo que principalmente se nos transmite es su importante corpus poético. Hay, pues, una manera de entrar en el lenguaje adulto desde la lengua materna que para mí es rítmica, fonética y sonora. Esto luego lo traslado, a través de otras lenguas leídas y escritas, a otra experiencia del lenguaje que, en parte, tuvimos que crear desde mi generación y desde nuestro contexto.

De algún modo habéis estado aludiendo a quien os lee, a un destinatario. Eso nos hace pensar en la función del ensayista, que tiene mucho que ver con la figura tradicional del intelectual. ¿Cómo os sentís ocupando ese espacio?

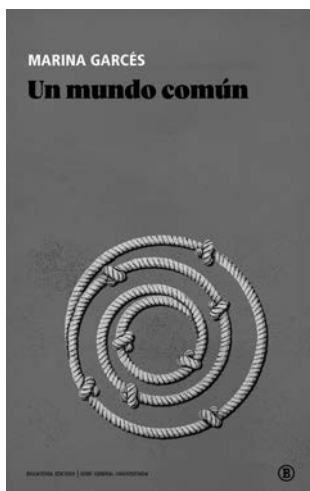
M. G.: Igual que Santiago antes decía que él no había decidido ni deseado ser ensayista, gran parte de lo que he ido haciendo también me lo he ido encontrando a partir de una decisión primera, en el año 91-92, que es estudiar Filosofía, en lugar de Periodismo. Opté por

C. FEMENÍAS
FERRÀ
Y A. JORNET
SOMOZA /
ENTRE LO
SINGULAR
Y LO COMÚN...



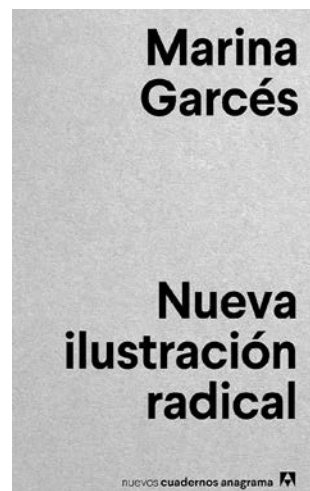
☞
C. FEMENÍAS
FERRÀ
Y A. JORNET
SOMOZA /
ENTRE LO
SINGULAR
Y LO COMÚN...

irme a un oscuro lugar, la facultad de Filosofía, que en ese momento era un lugar muy poco sexy, muy poco glamuroso. Ahí viví muchos años con un tipo de compañeros y compañeras que estaban al margen de aquello en lo que se estaba convirtiendo Barcelona durante el olimpismo, y que nos llamaba a ser los jóvenes de una ciudad de éxito. Se creó un espacio de experiencia colectiva muy fuerte y eso creó un *nosotros* muy especial en ese momento, en esa facultad, con consecuencias tanto intelectuales como políticas. Entonces, la pregunta es: ¿cómo se llega ahí? En nuestro caso, desde ningún deseo de devenir intelectuales. De hecho, es una palabra que ni yo ni nadie de mi contexto generacional, político o cultural ha usado nunca. Pienso que no nos reconocemos en la figura del intelectual por lo que significa en cuanto a género, clase y relación con el espacio público. La intelectualidad para nosotros era una casta muy masculinizada y acomodada en todos los sentidos: en un tiempo, un trabajo y unas instituciones académicas o del tipo que fueran en las que ya no hemos trabajado de la misma forma nadie de nosotros, y también con una voz que para nada hemos buscado reproducir. Por lo tanto, yo no me situaría como intelectual. Otra cosa es cómo se han ido individualizando ciertos nombres y lo que se puede aportar hoy desde la escritura vinculada a la acción y al activismo, que en mi caso han ido totalmente vinculadas



decencia y de justicia para todos los seres humanos por igual. Ese intelectual, nos guste más o menos, ha muerto. Creo que en las últimas décadas las fuentes de autoridad pública se han desplazado lejos de los discursos intelectuales o de los discursos teóricos. Hoy las voces escuchadas con más atención no se construyen en las facultades ni en las luchas callejeras, sino en los medios de comunicación y en las nuevas tecnologías. La autoridad, esa *auctoritas* romana que estaba vinculada al ejercicio de la función de Sumo Pontífice, el que establecía puentes con el otro, eso ha desaparecido. Los que han ocupado ese lugar no son mejores que Sartre. Hablamos de *influencers*, *youtubers*, estrellas de la canción o del balón. Podemos cuestionar con fundamento esa autoridad clásica por las razones (género, clase, etc.) citadas por Marina pero también hay que decir sencillamente que es una figura vaciada históricamente de todo contenido por este desplazamiento de la autoridad desde el espacio discursivo al espacio mediático.

M. G.: Yo añadiría otra mutación, que es la transformación de lo que ahora se llama el «académico», o la persona que trabaja en el espacio académico (que antes era la base institucional y económica de muchos intelectuales), hacia una figura totalmente inscrita y funcional a un sistema cerrado que es la academia actual, que no produce intelectuales, sino expertos, como mucho.



desde mi juventud. Pienso que nuestra experiencia es mucho más la del compartir que la del emitir, es más la de buscar las condiciones para una experiencia colectiva del pensamiento.

S. A. R.: Estudié Filosofía medio en broma, medio en serio. Luego, en el año 88 dejé España para mudarme al mundo árabe. Perteneczo a una generación interina, que ya no milita en partidos de izquierda pero que está muy politizada. Toda mi juventud está presidida por la ruptura imposible con el franquismo. Y como después decido marcharme de España, mi intervención intelectual en mi propio país se produce desde lejos, de manera que no puedo medir los efectos que tiene. Me ha costado muchísimo trabajo interiorizar que lo tiene. Me he sentido siempre como un naufrago que arrojaba botellas con la esperanza de que hubiera en otra isla otro naufrago y finalmente todo un archipiélago naufrago que permitiera construir algo en común. Pero nunca he podido medir el efecto público de mis intervenciones. Y eso hace que me resulte muy difícil reconocermé en el rubro de lo que tradicionalmente se ha identificado con «el intelectual». Estos días, pensando en Gaza y en los veinte años que han pasado de la muerte de Edward Said, recordaba un texto suyo del año 94 —*Representaciones del intelectual* (Paidós, 1996)— que sigue reivindicando esta figura del intelectual, a condición de que se pronuncie contra el poder y defienda principios universales, aquellos que garantizan un tratamiento de igualdad, de

S. A. R.: Creo que, para pensar bien, es importante, y en este caso Marina es un ejemplo, estar al mismo tiempo en la academia y en la calle, ser un académico y un activista. La única manera de no convertirse en un «experto» hoy en día en el marco de esta transformación paralela a la producida en el ámbito mediático, es precisamente la de defender el conocimiento sin olvidar nunca lo común, lo colectivo.

M. G.: En mi caso, lo que realmente ha formado mi voz como filósofa es todo lo que no se ve entre la universidad y los medios de comunicación: muchas realidades sociales y políticas en las que he aprendido otro sentido de la politización que no pasa o por apuntarse a un partido o por tener una tribuna en un medio de comunicación importante; esas otras realidades encarnan muchas maneras de hacer política de base. Ahí sí siento haber encontrado una manera de tener lo que clásicamente se llamaba una forma de intervención.

Al calor de ese desplazamiento de la autoridad, ¿cómo veis el estado de salud del ensayo español ante las transformaciones del presente?

M. G.: Tengo una sensación de mucha más riqueza en varios sentidos. Por un lado, de más diversidad de voces, no solo de tipologías de personas, sino de lugares de enunciación, por la pérdida de centralidad de la universidad y de otras instituciones. A la vez, eso hace más difícil saber a qué voces acudir. Pero también está más focalizado; hay

un tipo de ensayo muy enfocado a responder a un tiempo de urgencias y de crisis, que no es desde donde se escribía hace unas décadas. Y eso se traduce en una riqueza editorial que no había. Cuando yo estudié había grandes editoriales. Ahora hay un magma más precario, más frágil, más vulnerable de editoriales que están publicando ensayo propio y traducido a tiempo real. Ahí podemos leer un tipo de ensayo también de otros lugares del mundo al que antes costaba mucho acceder hasta que se traducía. Eso provoca una conversación más disonante, menos sistemática, pero muy enriquecedora.

S. A. R.: Lo has planteado muy bien. Es verdad que nos encontramos con un gran bullicio de fuentes, de las que está constantemente emanando un ruido que tampoco sabemos identificar: hay más voces y más escritura que nunca. La pregunta es, sin embargo, si hay más escucha y más atención que antes, si hay proporcionalidad entre la emisión de discursos en distintos formatos y su recepción. Las nuevas tecnologías permiten, por un lado, la intervención horizontal de muchas voces nuevas, inesperadas, y, por el otro, impiden una escucha lo bastante atenta como para que ocurran dos cosas fundamentales: en primer lugar, un diálogo horizontal con los propios contemporáneos; y en segundo lugar, un diálogo vertical con la tradición de la que procedemos, con los que han hablado antes que nosotros. Y eso sí me



parece muy preocupante. Porque esa multiplicidad de voces acaba confinada en nichos muy identitarios en los que unas replican a otras en recintos previamente establecidos y acotados. Y porque implican cortes generacionales cada vez más rápidos. De alguna manera, la posibilidad de discutir en un espacio común, de compartir una narrativa común, que es la condición para ponerse de acuerdo —pero también la condición para el desacuerdo, para innovar o hacer una revolución en el campo de las letras y de la política—, se ha visto muy erosionada por esos nuevos formatos tecnológicos que multiplican las voces pero hacen muy difícil escucharlas. Así que, curiosamente, creo que habiendo muchas más voces y probablemente muy originales, la ruptura de la cadena de transmisión entre generaciones debilita de algún modo la posibilidad de renovación de la cultura.

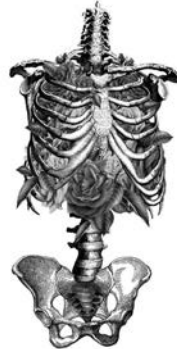
M. G.: Estoy totalmente de acuerdo. Por un lado, tenemos esta diversificación, que no es solo cuantitativa, sino de tipos de orígenes y recorridos, de modos de escritura y de instancias de publicación; por el otro, esas lecturas-nicho o esos lectores y lectoras atrincherados. La pregunta sería entonces: ¿para qué leemos? ¿Para qué vamos a buscar las reflexiones, las temáticas, las problemáticas que nos comparten determinados autores o autoras? Yo diría: para aprender, para comprender y para extrañarnos, es decir, para hacer un proceso de extrañamiento que para mí es inherente a todo aprendizaje, a todo esfuerzo

de comprensión y reflexión. Lo que veo en estudiantes, en colegas, en distintos contextos de debate, es que no se lee tanto para extrañarse como para reconocerse bajo un paraguas que dé identidad y seguridad. Hay lectura, escritura, hay mucha comunicación en torno a esos grupos: podcast, reseñas, tweets... Eso provoca toda una resonancia, un volumen de circulación y de comunicación muy altos, pero no sé cuánto encuentro o cuánto desencuentro. Me preocupa, porque nos está pasando algo que políticamente tiene consecuencias, que es que la subjetividad que se elabora, que se construye y se comparte a través de ese tipo de lectura es una subjetividad a la defensiva frente a todo aquello que la desborda o la inquieta, y que nos exigiría otro tipo de respuesta. ¿Qué hacemos con lo que nos molesta, con lo que nos inquieta? ¿Qué hacemos con lo que nos preocupa o nos genera desacuerdo? Intentar pensarlo: ese es el ejercicio fundamental de esa idea viva a la que se refería Santiago, propia del ensayo. Hay que batallar por esto más que saturar el espacio público de más y más libros. Si no, solo estamos comunicando, y ahí obviamente las nuevas tecnologías hacen mucho, porque crean circuitos cerrados de eso que llamamos compartir, pero no es compartir, sino sumar más de lo mismo.

S. A. R.: Es muy interesante esta distinción entre extrañamiento y reconocimiento, porque explica la dificultad creciente que tenemos

Seix Barral

Santiago Alba Rico
Ser o no ser (un cuerpo)



para prestar atención a todo aquello que no venga definido por los intereses y deseos de esa antropología neoliberal construida en parte por las nuevas tecnologías, que fundamentalmente funcionan en orden a fomentar eso que, parafraseando a Benjamin, he llamado alguna vez *el ego en la época de su reproductibilidad tecnológica*. Esta factura tecnológica del ego es indisoluble de la dificultad para exponerse a la inquietud o al extrañamiento necesariamente asociados a la lectura. Necesitamos no ya librarnos de nosotros mismos para dejar hablar al mundo, íntima ambición de todos los que leemos, sino más bien ser reconocidos por el mundo como una voz privilegiada en una jerarquía bastante paradójica, puesto que hablamos, en definitiva, en medio del bullicio más indiferenciado. Forjados en esa reproductibilidad tecnológica del ego, tendemos cada vez más a confundir las opiniones e incluso los razonamientos con lo que son meras ocurrencias o posiciones, acuñadas en los nichos identitarios, a los que importa, ante todo, que tengas una posición. Los que nos dedicamos al ensayo debemos tener muy en cuenta la diferencia que existe entre un razonamiento, una opinión, una posición y una ocurrencia.

C. F. F.—UNIVERSIDAD DE ALCALÁ /
UNIVERSITAT DE BARCELONA
A. J. S.—UNIVERSITAT DE BARCELONA